

# Tres siglos de la filatelia en México

Jacobo Zabloudovsky



El año de 1856 representa el esfuerzo del grupo de los mexicanos empeñados en forjar una Constitución que garantizara los derechos civiles y encontrara una salida a la crisis política, social, económica y religiosa en un país que en escasos treinta y cinco años de vida independiente tuvo siete congresos constituyentes, un acta constitutiva, tres constituciones, un acta de reforma, dos golpes de estado, varios cuartelazos, todos los planes revolucionarios, numerosas asonadas, protestas, peticiones, manifiestos, declaraciones y la profunda herida abierta de la reciente mutilación del territorio y la pérdida del norte del país. Se preparaba el terreno para la llegada de un príncipe extranjero. En medio de esa turbulencia se imprime y circula el primer timbre postal de México.

El libro *Tres siglos de la filatelia en México* es, para un ignorante absoluto de la filatelia como yo, fuente inagotable de sorpresas, de descubrimientos asombrosos, de hallazgos inesperados. Aunque su título es *Tres siglos de filatelia en México* sólo sesenta y tantas páginas se dedican al correo colonial y a las primeras décadas de la Inde-

pendencia, mientras el resto de sus cuatrocientas páginas ilustran la huella del timbre postal mexicano, desde el primero que se emitió en 1856 hasta la actualidad. Estos ciento cincuenta años del timbre mexicano son a los que brevemente me refiero. Recorrí, disfruté la lectura de los textos y la cuidadosa observación de las ilustraciones. En 1856 México empezaba una lucha sangrienta y cruel para consolidarse como el Estado liberal, independiente y laico que los mexicanos hemos tratado de fortalecer hasta la fecha. Unos meses más tarde habría de promulgarse la Constitución de 1857 donde ya se contienen los principios que habrían de dar carácter al México contemporáneo. El primer timbre de 1856 tiene la imagen de don Miguel Hidalgo y Costilla. Las caras de los gobernantes, el águila del escudo y el precio de la estampilla habrían de mantenerse durante largo tiempo. El retrato de Hidalgo fue sustituido por el de Maximiliano durante el tiempo de su efímero imperio, cuando el águila republicana presume una corona evidentemente grande. Los soldados franceses están autorizados a enviar su corres-

pondencia con estampillas francesas y el libro consigna cómo, desde sus primeros pasos, el timbre fue acompañado por los siniestros falsificadores que pescaban en las aguas turbulentas de la incertidumbre política. Meses después, cuando el cadáver del Habsburgo se secaba en el Convento de San Andrés, los timbres con su efigie dejaron de circular. Uno de los últimos fue el Maximiliano de siete centavos. Una rareza convertida en lo único rescatable y valioso de la trágica aventura que culminó en el Cerro de las Campanas. Las oficinas de correos no estaban dotadas de timbres y los empleados se las ingeniaron para franquear las cartas mediante sellos sin más control que su propia honradez, no siempre impecable. Vuelven los Hídalgo y la carencia de variedad en las emisiones obliga a cortar los timbres a la mitad y hasta en cuatro partes para cubrir el precio del servicio. Si algo llama la atención es el enorme número de rostros que tuvo el iniciador de la Independencia de México. Unos lo rejuvenecen y otros lo afean. En los de frente parece un anciano, en los de perfil un flaco decrepito. Es aquí donde quisiera dete-

nerme unos cuantos segundos para una reflexión. El timbre postal en el México del último siglo y medio es una lección de historia. No sólo de la historia de la política y de la violencia sino de esa otra que nos habla de los gustos de la gente, de las modas pictóricas, de los precios de las cosas, del celo del funcionario por cumplir con su deber, de la instrucción pública reflejada en el estilo de la escritura y el cuidado de la ortografía y hasta de la estética, de la confianza de cada usuario en el servicio ofrecido por el correo portador de valores. Seguramente ya alguien lo habrá dicho pero quiero reiterarlo: el examen cuidadoso de los timbres de México es el modo más grato y exacto de conocer nuestra historia o por lo menos de aceptar la invitación para profundizar en ella. Contiene este libro también las etiquetas de porte de mar y cuando la cara de Juárez sustituye a la de Hidalgo el servicio de correo mexicano crea la especialidad de correspondencia dirigida al exterior. Nacen las tarjetas postales y los timbres numerales, la fajilla para impresos y la carta certificada, la carta express y la primera emisión en que aparecen, para sorpresa del público, contiene cuatro diseños: uno para el correo a pie, el segundo para el correo a caballo, el tercero para el transporte en diligencia y el cuarto para el ferrocarril. México, nos dicen los timbres, ha entrado a otra época y se prepara para el siglo xx. Es oportuno hablar del talento de algunos dibujantes como el que diseñó el de veinte pesos con una mujer vestida de indígena que tiene atrás el calendario azteca y al

fondo un avión volando sobre el campo mexicano; algunos lo consideran el más bello de todos los emitidos en México. Pero ya di un salto hasta 1934 y sería injusto no hacer referencia de los timbres de la Revolución, de los emitidos por gobiernos provisionales, de los impresos en máquinas primitivas, manuales y rudimentarias, unos dentados, otros no, los fabricados por ejércitos en movimiento y los dedicados a celebrar victorias como la de Torreón. Se descubren las trampas de algunos caciques listos y transitorios que barren para adentro adueñándose de impresiones defectuosas o provocando errores para lucrar con los sobreprecios filatélicos. Se usan los resellos para hacer que los valores se vayan por las nubes, tal vez por eso aparece el primer avión en los timbres mexicanos. Se incorporan a la estampilla otros héroes, otras casas, otros monumentos, otros mensajes. Aparecen las series permanentes cuando México se hace un país de instituciones. Una lección más de historia es la estabilidad nacional que se plasma en la continuidad del estilo artístico y de los temas escogidos para los timbres de correo y hay timbres de doscientos treinta pesos para una carta que va a recorrer unas cuantas manzanas dentro de una misma ciudad. Hoy se pregunta uno qué tanto exportaba México cuando toda una serie de timbres llevaba el título “México exporta” y cuán grande era la diversidad de nuestra fauna si toda una colección se llamaba “conservemos la especie” y sólo ahí existen ejemplares que nunca volveremos a ver. Llegamos al timbre actual y

nos enfrentamos a una realidad no siempre grata pero con savia fecunda que sube desde la raíz de estos ciento cincuenta años de búsqueda y encuentro de nuestros propios caminos. Me parece un acierto que las últimas páginas de este magnífico libro se titule “Galería de piezas extraordinarias”. Muchas de ellas son del primer año, de 1856. El medio real en color negro, la carta con ocho timbres de medio real para cubrir los cuatro de su franqueo. La que lleva siete timbres de un real y la única pieza conocida de un real impresa en verde, color del de dos reales. Y esa otra en que apenas caben los diez timbres de dos reales cada uno. El de dos reales color esmeralda y la de dos timbres distintos defectuosos por la imprenta rota y la famosa fajilla de Izamal franqueada con cuarenta y ocho timbres. Muchos otros ejemplos cierran la muestra de nuestro siglo y medio de timbres, siglo y medio de historia, porque los timbres son como nuestra historia o la historia como nuestros timbres. Es una vida desigual, a veces miserable, a veces opulenta, a veces justa, a veces cruel, a veces auténtica, a veces falsa, a veces honesta, a veces perversa. Pero es una trayectoria única de lucha, de respeto a los héroes, de repudio a los farsantes, de homenaje a los valores permanentes. Este libro, con el pretexto de la filatelia, nos enseña otra manera de entender a México. Se trata de una magnífica muestra del arte editorial, de la que puede sentirse orgullosa la Asociación Mexicana de Filatelia A.C. Es, en definitiva, un regalo de privilegio para quienes apreciamos ese objeto, para algunos en desuso, llamado libro. 

